

FINALISTAS

Cuarto y mitad, de Carmen Ambrós Ambrós.

El puesto ULTRAMARINOS PEDRO Y VICENTA era un pequeño bazar dentro del mercado Barceló. Fue de los primeros y el matrimonio se vanagloriaba, con sus clientas, de que muchos de sus productos venían de ultramar. Un espacio pequeño pero ordenado. Con sus estanterías de madera llenas de botes y latas de conserva. En una esquina una cuba de sardinas arenques mezclaba su olor con el pimentón, el azafrán y todo tipo de especias. En la otra esquina sacos de lentejas, garbanzos, judías, arroz....dejaban poco espacio para moverse dentro del puesto. Encima del mostrador una balanza con sus diferentes pesas, papel de estraza, algún cucurucho preparado, un lápiz y una libreta para hacer las cuentas.

Desde que fallecieron sus padres, Pedrito despacha con una amplia sonrisa; es un hombrecillo de unos sesenta años, muy bajito, de extrema delgadez. Ojos azules muy vivos, pelo rubio liso, con el que intenta disimular su incipiente calva. Con un delantal de rayas verde aceituna, se mueve con gran rapidez, detrás de un mostrador que casi tapa todo su cuerpo. Sube y baja como un monito la escalera de madera que traslada por las estanterías.

Se acostumbró al mote cuarto y mitad que le pusieron desde que nació. Cuando le preguntan, él cuenta su historia, diciendo que por nacer antes de tiempo. Fue sietemesino, en su época en el pueblo no había incubadoras. La comadrona al verlo dijo que parecía cuarto y mitad de niño, que sería difícil que saliera adelante. Con una sonrisa dice que se agarró a la vida porque traía muchas ganas de vivirla. Aunque su madre siempre lo alimentó bien no fue posible subir más tallas.

Para que no tuviera complejos sus padres le hablaban de los beneficios de ser menudito: no iría a la mili, no necesitaría mucha tela para hacerse un traje, se movería mejor por el puesto... Según pasaron los años había algo que le dolía, que lo guardaba en su interior, su preocupación por no conseguir novia como sus amigos, no casarse y no tener hijos.

Pasó muchas horas, días, años detrás del mostrador atendiendo a sus clientes con amabilidad, pero sin alegría mirando el puesto de enfrente CASQUERIA RICARDO, la vista y olor de las vísceras, hígado, mollejas... le revolvían el estómago. Desde que la cerraron hace dos años y el puesto ha cambiado por PAN Y DULCES ROSA, sonrío con alegría, silva canciones. Su corazón está ocupado. Rosa la panadera, viuda desde hace años, bien metida en carnes, con un delantal blanco impoluto, con punillas bien planchadas, le sonrío y canta coplas que sabe que son para él. Los olores de sus especias hacen buena mezcla con los aromas que desprende el pan caliente, las magdalenas, los bollos... Cuando termina la jornada salen por separado, solo ellos saben dónde van. Les gusta su secreto.

Cuarto y mitad de banquete carnal, de Calamar en la cabeza.

Se comieron a besos mientras el pan engordaba con gusto en el aceite de oliva, ya no tan virgen. La defunción de una de las copas, con el escandaloso vertido de su contenido, les hizo recobrar la compostura y recordar que estaban en la primera cena romántica: esa que determinaría el destino de su relación. Igual que ocurre con los platos más memorables, todo debía ser cocinado a fuego lento; no bastaba con retirarlo cuando hiciera chuf chuf.

Se conocieron en el Mercado de Barceló, como singles modernos y autosuficientes que eran, en la cola de unos de esos puestos de alimentos ecológicos. Unos limones que se escabulleron de la lista de la compra fueron los culpables. Tras ese encuentro, el alzhéimer se hizo patente en él, porque solía olvidarse de la fruta y la verdura constantemente. Por la mañana iba a por el resto de alimentos, pero se reservaba una excusa para ir por la tarde.

Entre manzanas y peras comenzaron a hablar de todo y de nada. Los pepinos dieron paso a una interesante conversación sobre los beneficios e inconvenientes a la hora de incluirlos en la elaboración del gazpacho; era tal la trascendencia de la cuestión que mereció ser continuada en compañía de unas cañas. El debate sobre la ensalada con vinagreta o con zumo de limón desembocó en un café; la versatilidad del tomate, en unas copas de vino... Las preferencias culinarias desembocaron en que se cocinaran con besos, carantoñas y caricias. No necesitaban otro alimento, solo reponer líquidos. Hasta que decidieron dar un paso más y él, envalentonado por los numerosos programas de cocina que veía en la televisión, decidió lanzarse a la piscina y ejercer de anfitrión, con todas las consecuencias.

Los 375 gramos de jamón ibérico –cuarto y mitad, como pedía siempre– capturaron todos sus sentidos durante unos segundos. Las finas y brillantes lonchas ofrecían una succulenta tregua a su pasión carnal; hasta que percibió que en el rostro de su acompañante se estaba escribiendo el preámbulo de una tragedia.

Menos mal que la literatura le echó un capote cuando ella, en su afán por disimular, reparó en el libro que descansaba en el sofá cercano. “¿Lo has leído? Lo he cogido esta mañana en la Biblioteca Mario Vargas Llosa, la que está donde el Mercado Barceló”, dijo nuestro anfitrión mientras procedía a retirar con premura la cruenta pero deliciosa bandeja.

Tras unas lonchas degustadas a hurtadillas en la cocina, al tiempo que mantenían a distancia una breve conversación sobre los gustos literarios, volvió a reinar la calma gracias a la crema de setas de temporada. De acuerdo con la receta familiar, aderezó el plato con trufa, más cuarto que mitad, por miedo de alterar el equilibrio de sabores y también, todo hay que decirlo, el presupuesto asignado para la cena. Había que sorprender, pero no apabullar.

El excelente maridaje entre el manjar otoñal y el vino de autor que le había recomendado el tenedero subió de manera alarmante la temperatura de la habitación, lo que obligó a los comensales a beberse desesperadamente para apaciguar la sed.

Restos del naufragio desperdigados por la mesa, cubiertos exiliados en la alfombra, botellas que sollozan todo su contenido por haber perdido su verticalidad, ropas que se consuelan pensando que la arruga es bella... nada parecía detener el ansia con el que se devoraban.

Hasta que sonó el timbre del horno, amenazando con quemar el plato principal. Mientras se entregaba a los placeres de pata negra en la cocina, tuvo una iluminación y decidió

que la lasaña de verduras ecológicas que esa misma tarde le había traído su madre era mejor opción que el solomillo al oporto, si deseaba catar una carne que no estuviera muerta.

Así se despidió de los dos medallones de ternera, cada uno de cuarto y mitad, con la promesa de quedar para comer al día siguiente. El plan B fue recibido entre aplausos por la que dentro de unos años se convertiría en madre de sus tres hijos. La pobre temía tener que enfrentarse a otra defunción, cuando lo que deseaba era carne viva y palpitante.

La perfecta textura de la bechamel y ese pequeño trozo que se escapaba por la comisura del labio fueron demasiado. Las planchas de pasta cocinadas al dente, las verduras asadas que mantenían sus propiedades y jugosidad, todo ello bañado en esa salsa de tomate casera con un sutil toque de pimienta que provocaba un auténtico orgasmo de sabor... Nada ni nadie quedó inmune a esta explosión.

Se acabó la cena... comenzó el banquete carnal. Ya no había preferencias gastronómicas, ni cuarto y mitad u otras medidas. Adiós a la compostura, a las copas de vino y otros utensilios culinarios. Estos platos se comían con los ojos, con la boca, con las manos, con todo el cuerpo...

Mientras el huracán caníbal se extendía por el salón, descansaba en la cocina el postre. Un suflé de chocolate amargo con frambuesa que, a pesar de estar pensado como broche de la cena, pasaría a formar parte del primer desayuno en pareja. Había que sorprender, no apabullar.

Cuarto y mitad es un kilo, de Ana Belén Martínez González.

Esa pregunta se la sabía seguro, así que levantó la mano con aire triunfante y contestó:

—Un kilo.

En medio del revuelo general que se formó tras escuchar la respuesta, compuesto en su mayor parte por risotadas, surgió la figura de Don Anselmo. El profesor se acercó despacio, como intentando desvelar un extraño misterio, y con su habitual hablar pausado, preguntó:

—Manuel, ¿por qué dices eso con tanta seguridad?

—Porque lo sé, D. Anselmo. Cuarto y mitad es un kilo— volvió a afirmar sin titubeos —. Y a veces algo más— Añadió aún con más firmeza.

Don Anselmo corrigió:

—No hijo, cuarto y mitad son 375 gramos. Es una forma sencilla para pedir esa cantidad, que no es redonda, por ejemplo cuando vamos al mercado. Cuarto son 250 gramos y 125 más de la mitad del otro cuarto.

Precisamente en el mercado estaba pensando Manuel al encontrar su respuesta con tanta rapidez. Don Anselmo continuó sus explicaciones y Manuel continuó buscando las suyas. Estaba tan sorprendido por aquella revelación que no fue capaz de prestar atención durante el resto de la mañana. Había visto cientos de veces cómo en los puestos de su mercado, cuando él pedía cuarto y mitad, la aguja de la báscula subía hasta el 1000. No tenía ninguna duda.

Recordó la primera vez que pisó el mercado, hacía unos tres años. Acababan de mudarse al barrio y su madre le mandó a hacer la compra acompañado por sus hermanos pequeños. Después de dar unas cuantas vueltas y preguntar un par de veces, por fin lo encontraron. Los cuatro se acercaron hasta una de sus puertas. Manuel recordaba muy bien que tuvieron que empujarla con fuerza porque era muy pesada. Había dos plantas, una arriba y otra abajo. Eligieron la de abajo porque siempre es más fácil bajar que subir. El mercado no era muy grande, como después había constatado con la experiencia diaria, pero a ellos aquella vez les parecía interminable. Empezaron a deambular sin saber qué puesto elegir. Los vendedores parecían imponentes, allí en lo alto. Hablando con los clientes de la mercancía, de los precios, de la vida. Ninguno reparó en aquellos niños, salvo Juan, el frutero. Manuel recordaba que les había dicho con voz afable:

—Y estos pequeños, ¿qué fruta quieren?—, o algo parecido.

A lo que Manuel contestó:

—No queremos fruta, queremos carne.

—Muy bien, carne. ¡Ernesto!—, gritó con fuerza al puesto de al lado— aquí tienes clientes.

Ernesto, muy simpático, y sin poner esa extraña voz que ponen a veces los mayores cuando hablan con los niños, interrogó:

—¿Cuántos años tienen estos clientes?

—Yo tengo siete—, contestó Manuel muy resuelto—. Y mis hermanos, cinco, cuatro y dos.

—Vaya, vaya, y ¿qué quieren estos niños?

—Mi madre me ha dicho que cuarto y mitad de filetes de lomo de cerdo, del barato.

—Y tú mamá, ¿dónde está?

—Trabajando—. Respondió Manuel—Trabaja casi todo el día.

No recordaba cuánto había marcado la báscula aquella vez. Pero desde entonces hubo muchos días y muchas conversaciones. A veces hablaban del cole, a veces de fútbol, a veces de quién hacía la comida en casa, a veces de dibujos animados y otras de quién les llevaba al colegio o de lo importante que era comer mucho para hacerse mayores. En las más divertidas, Ernesto les contaba un chiste y en las mejores de todas, Ernesto se peleaba con Juan, el frutero. Peleas en las que siempre apostaban algo y éste sin saber muy bien cómo se veía obligado a regalarles un pieza de fruta a cada uno.

Recordaba también cuando conocieron a Abelardo, que tenía un puesto de ultramarinos. Fue el día en que querían comprar lentejas. Los tres puestos estaban al lado. Abelardo comentó

—Así que estos son los famosos niños del cuarto y mitad, los que vienen solos—, y subiendo el tono continuó—, los más simpáticos y listos de todo el mercado. Ya tenía yo ganas de conocerlos.

Manuel no entendió muy bien por qué lo del cuarto y mitad, pero le gustó el trato y lo de simpáticos y listos.

—Quiero lentejas, cuarto y mitad—

Manuel recordaba aquel día con total claridad porque Abelardo había dicho:

—Cuarto y mitad es poco para cinco personas—

Y mientras él se encogía de hombros, Ernesto el carnicero se había acercado y guiñándoles un ojo había afirmado:

—Las lentejas están mucho mejor con este chorizo—

Y antes de que ninguno de los presentes pudiera decir una palabra deslizó su mano dentro de la bolsa donde dejó una tripa entera. Estaba muy rico aquel chorizo.

Pero seguía sin poder recordar cuándo empezó a fijarse en la balanza. Debió de ser un día por casualidad, quizá el día en que su madre le preguntó si estaba seguro de que le pesaban bien los pedidos porque le cobraban muy poco para la cantidad que traía. A partir de ahí, sin saber muy bien cuánto tenían que pesar, se fijó en que siempre fuera lo mismo. Y lo era. Unos 1000 gramos. A veces algo más.

Al salir de clase le dolía un poco la cabeza. Debía ser por dar vueltas y vueltas a lo mismo todo el rato, sin haber llegado a grandes conclusiones. Salvo a una, en un punto concreto de sus pensamientos reparó en que siempre compraba en los mismos tres puestos. Nunca en otros. Algo en su interior intuía la respuesta, pero seguía sin poder creerlo. Decidido, se dirigió a otra tienda, una que estaba más cerca de casa y que era más cara que el mercado, por eso nunca entraban.

—Cuarto y mitad de lentejas—, dijo. La aguja subió de un golpe y rebotó una única vez, los ojos de Manuel se abrieron de par en par: 375 gramos.

Ahora estaba seguro. Salió corriendo todo lo rápido que pudo.

—Tengo que avisarles—, se decía—Ernesto, Juan y Abelardo tienen que saber cuanto antes que sus básculas están estropeadas.

Dímelo sin palabras, de Esther Ampuero Gordo.

Empujo la silla de ruedas. Se desliza traqueteando sobre las erosionadas baldosas del mercado. El suelo, de un tono anaranjado, sucio y mojado, verá tiempos mejores tras la reforma que tendrá lugar dentro de unos meses. Me pregunto si lo veremos. Si lo verás. Si permanecerá así, como está, en tus recuerdos alegres. Si lo olvidarás.

Toco tu hombro y lo aprieto con delicadeza. Siento frágiles los huesos, pero fuertes los pedazos de tu carácter, esos que todavía se niegan a desaparecer. Chocan contra el mío en un caos de momentos ya pasados, ya vividos, ya perdidos; como si entre nosotros se estuviera originando un nuevo Big Bang. Te das la vuelta. Sonríes. Y mi mundo entero enmudece, se tambalea, se derrumba. Como entonces. Como siempre.

Siempre.

—Ponme lo de siempre.

—Cuarto de kilo, ¿verdad?

—Sí, cuarto —me mirabas. En tus labios se dibujaba la misma sonrisa que trazabas cuando estabas a punto de cometer una locura—, y mitad. Cuarto y mitad. Por si acaso.

Y las dudas de si nos apetecerá más antes de los postres. Para otro día. Por si sale bien y queremos repetir. Yo me reía, presionaba tu mano enjaulada en la mía y te besaba la frente. Luego seguíamos paseando por el mercado, entre los olores de la fruta fresca, las especias, el salmón ahumado, las legumbres, la miel y la carne desangrándose tras los mostradores.

A lo mejor ya se te ha olvidado el sonido de las básculas de entonces, el continuo murmullo de la gente que, como una extraña nana, inundaba cada pasillo, cada esquina. A lo mejor has olvidado el aroma a café recién hecho que solíamos tomar en este bar, donde me obligo a frenar el ritmo de mis pasos y hacer que la silla de ruedas se mueva más despacio. Luis lo preparaba con esmero. Aún lo prepara. Pero nosotros estamos lejos. Tú aún más. Fíjate, nos está mirando. Levanta una mano y saluda, nos invita a entrar.

Y nada. No dices nada.

Vuelvo a empujar la silla de ruedas y el bar queda a nuestra espalda como si nunca hubiéramos desayunado detrás de la barra.

Acaricio tu pelo blanco. Los rizos se enredan en mis dedos arrugados, en mis manos cansadas, aunque no lo suficiente como para dejar de tocarte el alma con ellas. Como antaño. Como siempre.

Siempre.

—Cuarto...

Me detengo. Mi corazón también frena en seco. Escucho mi respiración mientras los segundos pasan más despacio que nunca. Tú también lo percibes. Sabes sin saber. Sientes sin sentir. Estás sin estar.

Porque ya no sabes. Porque ya no sientes. Porque ya no estás. Porque ya no te acuerdas.

—Cuarto y mitad —susurras—. Cuarto y mitad.

Así, como un metrónomo. Como una especie de mantra que por un momento me vuelve loco.

Sí, cuarto y mitad de los besos que se quedaron sin dar. De las caricias que encallaron en tu espalda, los suspiros que anidaron en tu cuello y las palabras de amor que el viento dejó, pero que se llevó tu razón cegada por los años que revisten de arrugas tu delicado cuerpo. Los ojos cerrados, el alma abierta como un libro que lee un niño. Latidos que nos dieron vida; Y la vida medida en latidos. Y tú; y yo. Éramos la primavera. Dementes, buscando el camino.

Cuarto y mitad. A versos nos comíamos. La mirada hecha poesía. Ahora, perdida. Ahora, blanca como la nieve, como nuestro cabello cano. Ahora... nada. Me muerdo los labios mientras te giras sobre la silla de ruedas. Leo en tu boca palabras que nunca pronuncias. Promesas que ya nos susurrarnos en las más de mil noches de invierno que compartimos enclaustrados en los brazos del otro. O eso me gustaría pensar. Porque cuando te devuelvo la mirada sólo veo un profundo abismo. Negro. Vacío. Un oscuro mar en donde se ahogó el minuterero que marcaba el paso de nuestro tiempo. Mar enfermo que se alimenta de recuerdos.

Cuarto y mitad... de los te quiero que no te dije, que no te puedo decir. Que no me dirás.

Toco tu hombro y lo aprieto con delicadeza. Siento frágiles los huesos, pero fuertes los pedazos de tu carácter, esos que todavía se niegan a desaparecer.

Y te lo digo sin palabras. Letra a letra. Consonantes y vocales. Pero no respondes.

No respondes. O lo hace por ti el silencio. Porque no sabes, no sientes, ni estás.

Porque ya no me recuerdas.

Doña Pura, de Natalia Molina Íñigo.

Cada mañana Doña Pura hacía el mismo recorrido. Salía del portal en la calle San Lorenzo y bajaba la calle de San Mateo observando detenidamente los muros del instituto del mismo nombre, como si quisiera descifrar un gran enigma escondido entre los ladrillos. A veces, incluso, palpaba con sus manos ajadas las paredes. Nótese que no se sabía a ciencia cierta a qué era debida esa mirada fija y escrutadora pero, según he podido saber por las vecinas, tres eran las teorías más aceptadas: la primera relataba que Doña Pura era más miope que un topo en una playa de la costa andaluza en pleno julio y que, como de joven había tenido los ojos más espectaculares de ese barrio, se negaba a que unas gafas sepultaran su mirada y el recuerdo de “la ojos negros de Malasaña” quedara olvidado para siempre. El segundo rumor contaba que Doña Pura siempre había sido una intelectual en la sombra que renegaba de no haber podido acudir a la escuela “si yo hubiera nacido en otra época...tan lista como estos chiquillos sería”. La última teoría decía que Doña Pura temía que un día renovarían el instituto y que, como le había pasado con el Mercado Barceló, al cabo de ocho años ya no recordara como era la estructura anterior, que todos sus recuerdos tuvieran de telón de fondo un futuro que aún no existía.

Después giraba a la derecha, encaraba Fuencarral, daba otro giro a la derecha y avanzaba con paso seguro por la calle Barceló hasta la puerta del mercado. Los adoquines de tanto que los recorría y los desgastaba con su andar pausado pero enérgico habían formado una huella que encajaba perfectamente con sus diminutos zapatos de salón negro talla 35. Aquellos trozos viejos de empedrado gris eran el particular zapato de cristal de esta Cenicienta castiza. Cuentan por el barrio que a veces, si uno era paciente y estaba dispuesto a escuchar con atención, se podía oír como esos adoquines le hacían proposiciones indecentes a la buena de Doña Pura. “¡Cásese con nosotros Doña Pura! ¡Cásese con nosotros! ¡No ve que encajamos a la perfección, que cada mañana caminamos juntos, que sus pasos son los nuestros y que incluso por usted nos dejamos herir por el más vil de los tacones!”. Doña Pura siempre reaccionaba de la misma forma: primero se quedaba estupefacta, luego los miraba desafiante y, por último, los reprendía como solo una mujer anciana sabe hacer; el dedo índice levantado, moviéndose con ritmo arriba y abajo, el otro brazo en jarra sobre la cadera y el tono de voz firme pero dulce. “Haberse visto semejantes caras duras, ¡Pero adoquincitos de la calle Barceló, no os he dicho ya muchas veces que solo soy una pobre viuda que quiere vivir tranquila!”. Y era cierto, Doña Pura había enviudado hacía más de una década. Conoció a Santiago, su esposo, cuando este entró a trabajar como mayordomo en la casa donde Doña Pura, más conocida en esa época como Purita, cocinaba desde que tenía uso de razón. Este empleo en la casa de los Martínez de Avellaneda lo desempeñó su madre con brío y garbo hasta que falleció cuando apenas tenía treinta años. Fue la única herencia que Doña Pura recibió.

Una vez llegaba al mercado, se limpiaba los pies en un felpudo y se quejaba de la cantidad de gente que había esa mañana (“¡Jesús!, pues no está aquí toda la capital”), empezaba el ritual. Elevaba la nariz hasta dibujar una perfecta línea horizontal con su frente, movía las fosas nasales lentamente, después un poco más rápido y más, y más, y más, hasta terminar en un aleteo nasal tan rítmico y frenético que la hacía flotar por completo y la desplazaba hasta los alimentos más suculentos. Tras aterrizar suavemente delante de las vitrinas que encerraban los disputados manjares, Doña Pura se disponía a realizar la comanda.

-“Joven, póngame cuarto y mitad de ‘alegría desmedida’, esencia de ‘quita penas’ y medio kilo de ‘sosiega almas’, por favor. Tengo a la niña muy triste porque ha suspendido el examen de conducir”.

- Marchando Doña Pura.

Sí, así cocinaba Doña Pura, con sentimientos. Ella iba más allá de lo aparente. Trabajaba como un médico. Tras el diagnóstico del estado de ánimo del comensal (en este caso cualquiera de los Martínez de Avellaneda), se hacía con los medicamentos/ingredientes más adecuados en su particular botica y los juntaba cual alquimista en un plato soberbio. Si tenías mal de amores, Doña Pura pedía un cuarto de 'fortalece corazones', un tercio de 'olvida bobos' y un puñado de 'seca lágrimas'. Si lo que te inundaba el alma y te abotagaba el cuerpo era la melancolía, Doña Pura hacía un guiso de 'salta charcos' y le añadía unas gotas de 'mueve esqueletos' y unas hojas frescas y tiernas de 'arcoíris en la tarde'. Si lo que padeces es insomnio, no hay nada como un filete fino de 'cierra párpados' con guarnición de 'cansa mentes', extra de 'calma lagartijas' y dos cucharadas soperas de 'crea legañas'.

Esos son los verdaderos ingredientes de toda buena receta. Cuando el amor es verdadero y la pasión auténtica, los actos hablan y las palabras sobran. Si no que se lo digan a la buena de Doña Pura, a "la ojos negros de Malasaña", a la intelectual en la sombra nacida en la posguerra o a la heredera de la nada que posee una vida mágica gracias a haberla aliñado con grandes dosis de determinación, pizcas de desparpajo y, sobre todo, cuarto y mitad de valentía. Porque Doña Pura decidió comerse la vida antes de que la vida se la comiera a ella.

Esperando a Mamá, de María Teresa Blasco Bermejo.

Siempre la esperaba sentado en el taburete de la carnicería bajo la mirada displicente de alguno de los dos hermanos. Aquellos hombres, con las manos a menudo ensangrentadas y blandiendo enormes cuchillos, me daban miedo.

Mi madre entraba conmigo en el establecimiento, me decía que me sentara y después desaparecía detrás del mostrador por la puerta de la trastienda. El mayor de los hermanos carniceros salía tras ella mientras que el otro atendía a las clientas sin perderme de vista. El carnicero más joven llevaba un bigote denso y negro sobre sus labios gruesos, y sus ojillos diminutos analizaban con suspicacia cada uno de mis movimientos.

Algunas mujeres, viendo mi aspecto descuidado, agarraban el bolso con desconfianza. Las más misericordiosas se compadecían del niño harapiento y me daban un pedazo de queso o de lomo que yo devoraba con ansia. Durante la espera me entretenía mirando los dibujos del almanaque que siempre tenían pegado a la pared, aunque no era capaz de descifrar ni una sola de aquellas letras y números porque hacía varios años que no iba a la escuela.

Quince minutos más tarde, el hermano mayor reaparecía con el rostro acalorado y el menor salía inmediatamente por la misma puerta. Entonces, se cambiaban los papeles y era el mayor de los carniceros quien me vigilaba mientras cortaba embutido para las clientas. Era un hombre obeso, con una papada que hacía invisible su cuello y una barriga en la que podían entrar varios de los jamones que tenía colgados del techo. Era el hombre más gordo que yo había visto en aquellos tiempos de hambre y miseria.

Esperaba sentado y quieto durante otros quince o veinte minutos y, si tenía suerte, recibía de las clientas algún pequeño regalo en forma de deliciosas lonchas. Finalmente, reaparecía por la trastienda el hermano menor y después mi madre.

—Aquí tienes tu cuarto y mitad —decía entonces el más corpulento de los carniceros, entregando a mi madre un pequeño paquete.

Cuando salíamos a la calle, ella tomaba una rodaja de queso, salchichón o lo que aquella vez tocara, y el resto me lo comía yo. Después apurábamos el paso por las calles todavía heridas tras la larga contienda y nos dirigíamos a la panadería, donde mi madre conseguía de la misma forma misteriosa una hermosa hogaza de pan recién hecho.

Hombre sin mujer (y viceversa), de Carlos Bueno-León

No nos hacíamos regalos. Nos habíamos prometido a nosotros mismos que nunca seríamos la típica pareja. No íbamos a dejarnos llevar por fechas señaladas, compromisos ni estereotipos. Yo nunca supe a qué te referías con todo eso de la pareja típica y los estereotipos, pero sí entendía lo de los regalos y las fechas.

Desde que era pequeño, los regalos me han dejado frío. Simplemente, no sé qué cara poner al recibirlos y, habitualmente, tampoco sé qué regalar. En cuanto al asunto de las fechas, tengo que pararme a pensar cada vez que me toca rellenar un formulario con datos personales o, simplemente, cuando alguien me pregunta mi edad, o la fecha de mi cumpleaños.

Cuando apareciste con aquel libro y me dijiste que era para mí, no pude evitar una exclamación, casi un balbuceo: —“Pero, ¿es un regalo?”— Tu respuesta, bastante más firme, me devolvió la evidencia de que las cosas no iban demasiado bien entre nosotros: —“No, gilipollas, es que ahora trabajo para el Círculo de Lectores.”—

Me puse a leerlo tan pronto como llegué a casa, esa misma noche, y eso que tengo que reconocer que no me atrae demasiado la literatura oriental. Allí estaba yo, con una botella de vino sobre la mesa, el flexo de leer encendido y aquel libro entre mis manos. Mis reticencias iniciales se redujeron considerablemente. Me gustó comprobar que las primeras páginas me resultaban sorprendentemente fáciles de leer, incluso entretenidas. Apuré la primera copa de vino y me puse una segunda. Me recosté en el sofá y seguí leyendo. Te acercaste hasta donde yo estaba, te agachaste y me diste un beso. Juraría que estabas sonriendo. Te devolví el beso y la sonrisa y me dispuse a continuar con mi lectura. Pensé que aquella recopilación de relatos escondía algún secreto que debía hacer mío, un acertijo que tenía que descifrar. Aquella sonrisa tuya, la que tanto tiempo hacía que yo echaba de menos, era algo así como la “X” que señalaba el tesoro escondido en el mapa de algún pirata de buen corazón.

La sencillez del texto demostró ser una trampa mortal. Antes de que pudiera darme cuenta, la luz de mi lámpara de lectura quedó a la altura del perejil, inútil frente al sol que comenzaba a asomar por la ventana. Tuve la desagradable sensación de caer, a plomo y desde considerable altura, sobre una realidad que no me era particularmente favorable. El reloj del equipo de música marcaba las seis y diez, lo que significaba que tu despertador sonaría en quince minutos. Me sentía agotado y confuso, mientras la botella de vino reposaba, completamente vacía, en el suelo, junto a mis pies.

Tenía la cabeza llena de capullos a los que habían abandonado, o que habían pasado más tiempo de la cuenta con troncas más bien raras, o que echaban el rato charlando con otras personas que no estaban allí. Iban pasando los minutos. Enseguida te despertarías para ir a la ducha y, más pronto que tarde, notarías que yo no roncaba a tu lado. Imaginé tu voz inquieta, pelín molesta, llamándome. De ahí a que me descubrieras, malamente recostado contra el brazo de sofá, con una botella vacía a mis pies y cara de idiota, había, escasamente, seis pasos. Pero no podía levantarme.

Seguía dándole vueltas a aquellos personajes que vivían el enamoramiento como el que pasa una gripe un poco más fuerte de la cuenta, tal vez letal. Yo no entendía de qué iba eso del amor, solo quería tenerte a mi lado, que volvieras a sonreírme al volver del trabajo. Había pasado la noche en vela leyendo historias de parejas que apenas se hablaban, o que dejaban de serlo sin más, así, de un día para otro.

Volví a dirigir la mirada al marcador digital de la cadena de música; diez minutos. Me incorporé a toda velocidad, estiré la tela del sofá, metí la botella vacía en el contenedor de vidrio de la cocina y la copa en el lavavajillas. Sin hacer ruido, volví al salón, comprobé que todo tenía más o menos buen aspecto y entré en el baño. Me lavé los dientes y la cara, que desde el espejo me devolvió la de un náufrago sudoroso, y me metí en la cama, a tu lado. Con los ojos entreabiertos, me puse a respirar tan fuerte como pude. La idea era hacerme el dormido. Debía estar exhausto porque no recuerdo que te levantasas, ni que te marcharas, ni que sonara mi despertador.

Más allá de mediodía sonó mi móvil. Me desperté sobresaltado. Evidentemente, me había tomado el día libre. Le conté al jefe que estaba en la cama, que tenía la gripe; una gripe un poco más fuerte de la cuenta. No tardé demasiado en volver a quedarme dormido. Dos horas más tarde me levanté, bajé a comprar otra botella y me puse a leer otra vez. Había devorado el libro la noche anterior, pero necesitaba volver a empezar, despacio, desde el principio.

Pero no existía el “despacio”. Releía deprisa, nerviosamente, volando por encima de lo que me parecían historias de miedo, de locos que persiguen a personas que no quieren saber nada de ellos, de personas perfectamente sanas que enferman, intentando cambiar para convertirse en otra cosa que pueda, tal vez, satisfacer los deseos de espíritus a los que nunca han llegado a conocer. Aquellos relatos estaban llenos de sexo, de afecto malgastado, de rock'n'roll. Dos horas más tarde volví a salir a la calle. Dejé la botella de vino, sin abrir, junto al libro, sobre la mesa de la cocina.

No sé cuánto tiempo estuve deambulando por las calles, tarareando a los Beatles, cazando moscas y águilas reales con la vista. Cuando abrí la puerta de casa, hacía horas que se había puesto el sol. Sobre la mesa del salón, una botella de vino abierta, el perfil de tus labios, sin carmín, en equilibrio inestable al borde de una botella mediada. Ni cuarto y mitad de ti, de tus cosas, del libro.